

pectadores de aquella fiesta en que celebraban un acontecimiento que consideraron irrealizable.

El banquete se amenizó con las conversaciones y los recuerdos de la Patria; el vino circuló con profusion y poco á poco fué el alcohol invadiendo los cerebros, se perdió la memoria y se tornó la alegría en brusca algazara de la embriaguez estrepitosa y turbulenta. Se trató de las riquezas esperadas y de lo poco que se habia recogido en el botin; de los que habian caído prisioneros de los indios en las batallas y de la manera que los habian conducido al sacrificio; allí se resolvió que los mexicanos habian de entregar el oro y las riquezas que recuperaron la Noche Triste, y hubo quien hiciera notar que los indigenas tenian aun muchos tesoros enterrados. No faltó algun beodo que dijera que Cortés se estaba alzando con las riquezas, así como se habia alzado con la armada; allí se aseguró que el conquistador se tomaba el quinto como si fuera rey y el botin que pertenecia á todos y que se apropiaba los regalos que llevaban los indigenas, debiendo pertenecer todo al monton de los soldados; en ese festin hubo golpes, riñas en que lucieron las espadas, desafíos y los disgustos hubieran terminado de una manera sangrienta, si algunos capitanes no intervienen y dispersan á los que disputaban; en el salon permanecieron porcion de corrillos en que se hablaba y disputaba con calor, de manera que era imposible entenderse y para ello levantaban la voz aumentando la confusion.

Entre los capitanes se habló de las nobles indias que se habian tomado, de los nombres que en el bautismo les habian puesto y del desprecio con que las trataban; tambien hablaron de la reunion de fondos para ir á conquistar nuevos reinos mas ricos que el de Nueva-España. Á la media noche algunos convidados subian sobre las mesas y bamboleándose decian mil desatinos; otros buscaban las puertas sin encontrarlas, muchos caian rodando por el suelo. Alzadas las mesas continuó un baile licencioso con las pocas mugeres que seguian al ejército, y todo fué confusion y desorden, al grado de haber dicho en tono de queja al siguiente dia fray Bartolomé de Olmedo á Gonzalo de Sandoval:

—«Me parece mal lo que habeis hecho; muy bien dais gracias á Dios para que os ayude en adelante.»

Cortés supo esa reprimenda y mandó llamar al religioso para decirle:

—«Padre, no escusé solazar y alegrar á los soldados, con lo que vuestra reverencia ha visto é yo he hecho de mala gana; ahora resta que vuestra reverencia ordene una procesion y que diga misa é nos predique y diga á los soldados que no roben las hijas de los indios y que no hurten ni riñan, é que hagan como católicos cristianos, para que Dios nos haga bien.»

Fray Olmedo quedó satisfecho y segun refiere uno de los testigos presenciales: «el fraile hizo una procesion en que íbamos con nuestras banderas levantadas y algunas cruces á trechos, y cantando las letanías y á la postre una imágen de Nuestra Señora; y otro dia predicó fray Bartolomé, é comulgaron muchos en la misa, despues de Cortés y Alvarado, é dimos gracias á Dios por la vitoria.»

Celebraron los conquistadores en Coyoacan, la toma de México, con los regoci-

jos acostumbrados entónces entre los caballeros: se corrió sortija, hubo torneos en que combatieron capitanes y soldados para mostrar su pericia en el ejercicio de las armas. En una de las veces en que Cortés salió á correr sortija, sacó en el escudo la rueda de la fortuna y de plata un hombre con un martillo en una mano y un clavo en la otra con un lema que decia:

Clavaré cuando me vea
Do no haya más que posea.

Alli tambien y en la misma época, armó Cortés varios caballeros andantes en nombre del apóstol Santiago.

Coyoacan continuó siendo la residencia de los castellanos miéntras se reedificaba México, y en ese pueblo se instaló el primer Ayuntamiento de la capital. La atención de todos se fijó en el reparto del botin; se figuraban que les tocarian montones de oro; pero se engañaron, pues muchos no sacaron ni para pagar las deudas contraidas con los mercaderes.

Esta circunstancia se atribuia entre los decepcionados, á que Cortés habia absorvido todo; se fueron extendiendo las hablillas y los agraviados escribian por la noche, con carbon, en las encaladas paredes de la casa que habitaba D. Hernando, cuanto les ocurría; el capitan, al salir en la mañana de su aposento, leia aquellos ataques y á cada uno le contestaba de la mejor manera que podia, vengándose solamente así de sus detractores. Cansado por fin escribió, queriendo poner coto á los insultos: «Pared blanca, papel de nécios;» en contestacion encontró abajo de lo escrito por él, lo siguiente: «Y aun de sábios y verdades.» Tan léjos llevaron sus ataques los escritores, que fué forzoso prohibir los pasquines bajo penas severas: así cesó en parte el mal; pero las murmuraciones continuaron creciendo entre los soldados, que no se conformaban con el pequeño botin. Su actitud molestó tanto á D. Hernando, que para acallar la grito y contener á la desenfrenada soldadesca, tuvo que dar tormento al destronado é infeliz Cuauhtemotzin, queriendo obligarlo á que declarara donde estaban sus tesoros y los de Moctezuma, que no habian sido encontrados en la ciudad.

Coyoacan presenció ese acto de suprema barbarie: atado el desgraciado monarca á un poste, le untaron con aciete los piés y las manos y despues aplicaron fuego lento para quemarlos. Con estóica indiferencia sostuvo la prueba el paciente, ni por un momento contrajo las cejas, no exhaló una sola queja, ni sus lábios se movieron con deseo de implorar piedad. Junto á él sufría tambien el tormento un cacique mexicano, que ménos fuerte ó varonil, urgido por el dolor, volvió la mirada suplicante hácia el monarca, como para manifestarle que los padecimientos eran ya superiores á su energía; en los lábios de Cuauhtemoc apareció la sonrisa despreciativa y en tono de reconvenccion dijo al vasallo:

—«¿Estoy yo, acaso, en algun baño ó en deleites?»

El señor mexicano recobró su valor con esas significativas palabras y murió en el

braseo sin otro indicio de flaqueza; despues, cuando ya estaban tostadas las carnes del rey azteca, fué retirado del fuego. La mancha de tan negra accion, quedó indeleble en los anales del crimen, sin que pueda justificar al conquistador la necesidad de manifestar á sus soldados que los tesoros de los monarcas aztecas no estaban en su poder.

Segun Beaumont y otros escritores, en Coyoacan fueron encontrados huesos de gigantes y remitidos á España entre otros muchos presentes que envió Hernan Cortés. Este recibió en dicho pueblo á los emisarios que volvian de la primera excursion emprendida á Michoacan. Cuatro enviados del conquistador fueron á encontrarlos, llevando provisiones y algun refresco: cuando llegaron á presencia de Cortés, les dió la bienvenida á españoles y mexicanos y obsequió á los embajadores michoacanos unidos á la comitiva, á las órdenes de Montañó; mandó aposentarlos y regalarlos con mucho esmero y escuchó complacido las relaciones de los que regresaban del reino presidido por Sinsicha. Para recibir con ceremonias á los embajadores y hacer conocer su autoridad, vistió Cortés una ropa larga de terciopelo, sentóse en una silla de respaldo y ordenó que en la sala de recibimiento todos los españoles estuvieran de pié.

Los embajadores entraron de dos en dos, hicieron cortesías en la puerta y en la mitad del salon: al llegar donde Cortés estaba se levantó éste y con alegre semblante fué abrazando á cada uno: volvió á sentarse y entónces el embajador mas anciano, haciéndo cierta ceremonia imitada al mismo tiempo por los demás, le dijo: que el gran rey de Michoacan lo saludaba y admiraba, por haber vencido con tan poca gente la mas fuerte ciudad del mundo que no halló constante oposicion sino en Caltzontzin, que pronto pasaria á saludarlo. Cortés contestó con frases de benevolencia y les obsequió con algunos regalos de objetos europeos. En esa vez hicieron las tropas castellanas una escaramuza á caballo y á pié, disparando algunas escopetas. Despues de haber estado varios dias en Coyoacan, regresaron los embajadores muy contentos y alegres, habiendo ido á encaminarlos algunos castellanos.

Al poco tiempo fué recibido en el mismo pueblo el hermano del rey michoacano y el propio Sinsicha, acompañado de muchos caballeros y súbditos llevando presentes de ropa de pluma y algodón, oro, plata y joyas. La recepcion del rey michoacano, fué suntuosa. Entre las fiestas se dispuso que desde Coyoacan hicieran un paseo para ver las ruinas de México, trasportada la comitiva en canoas.

Salió Cortés á encontrar al monarca con toda la nobleza castellana, lujosamente vestido y con música; despues de los abrazos y las pláticas primeras, se dirigieron todos á la morada que Cortés tenia en Coyoacan, donde fué aderezado uno de los mejores aposentos para el real huésped, cortejado con la magnificencia que permitia la tierra; todos los cabos del ejército recibieron orden de atender á los individuos que formaban la comitiva del rey. Los caciques de Michoacan se presentaron ricamente ataviados con penachos de plumas de varios colores, joyas y collares; el rey, aunque vestido con decencia, no quiso hacer ostentacion de grandeza en su traje: comia siempre con Cortés y gustaba mucho de las viandas y vinos de los

castellanos; vió los simulacros de guerra y se retiró con los regalos del conquistador, por quien llevaron todos á Michoacan grandes simpatías.

Un drama tenebroso fué consumado en el pueblo de Coyoacan. Cortés se habia casado en la isla de Cuba con Doña Catalina Juarez, llamada la Marcaida; dejóla D. Hernando en la Isla cuando vino á la conquista de México; trascurrió el tiempo y cuando ya el caudillo español se habia engrandecido, hizo venir á su lado á la hermosa Doña Catalina, á quien habia amado y cuya belleza no olvidaba. La recibió con júbilo y fué festejada en todos los lugares del tránsito, acompañándola hasta llegar á Coyoacan, una escolta de ginetes con espada en mano y por donde quiera que pasó le hicieron obsequios y rendimientos cual si fuera esposa de un príncipe. En la Villa, alojada con su esposo, tuvo aduladores, criados, indios esclavos, repartimiento, regalos de oro y de plumages.

Doña Catalina Juarez Marcaida llegó acompañada de Gonzalo de Sandoval y Juan Juarez. Sandoval entendia en poblar á Goatzacoalcos cuando supo que habia arribado á la costa un navio procedente de la Isla de Cuba, en el que venia Doña Catalina Juarez con su hermano Juan, un individuo llamado Zambraña, con sus hijos é hijas y otras varias señoras que formaban comitiva á la esposa del conquistador. Sandoval y otros españoles fueron personalmente á recibir á aquellas damas, las condujeron á la Villa de Goatzacoalcos y dirigieron una carta á D. Hernando haciéndole saber el suceso; en seguida se pusieron todos en camino para Coyoacan, donde hubo regocijos y juegos de cañas. Bernal Diaz dice: "que cuando regresó á México, oyó decir que esta Señora Catalina Juarez murió de asma."

Mucho llamaba la atencion la belleza y el donaire de Doña Catalina; en la fiesta de Todos Santos, en 1522, asistió á unas honras que se hicieron en la iglesia, presentándose con todas las apariencias de completa salud; por la noche invitó Cortés á su casa á varias damas y caballeros de su confianza, para que concurrieran á la fiesta y danza, en que pasaron las horas recordando los bailes de Castilla; se sirvió la cena preparada y por efectos del vino se conversó en la mesa con toda franqueza. Doña Catalina tuvo palabras un tanto duras para el capitán Solís con motivo de que ocupaba á los indios de ella, en trabajos que no eran los que les encomendaba; Solís dijo que no él sino Cortés, era quien los ocupaba; éste contestó que para nada queria lo que pertenecia á la Juarez, añadiendo burlas que hicieron reir á la concurrencia, por lo que, corrida Doña Catalina, apenas fueron alzados los manteles dejó su asiento, hizo el acatamiento debido á las señoras y caballeros y se introdujo á su recámara. Cortés y los convidados siguieron todavía de sobremesa. Dirigióse Doña Catalina al oratorio, permaneció allí un rato y saliendo con los

ojos hinchados de llorar, pasó á su estancia; al entrar preguntóla su camarera Ana Rodriguez:

—¿Qué os sucede, señora mia? venis demudada la color.

—"Que me quite Dios de este mundo;—respondió Doña Catalina—soy muy desgraciada."

Cortés que tambien percibió en el rostro de su consorte las huellas del llanto, le preguntó por qué lloraba.

—"Dejadme,—le contestó—siento deseos de morir."

Desnudada la triste dama por las camareras, la pusieron en el lecho conyugal, y habiendo quitado los pajes la ropa á D. Hernando, en una pieza inmediata, vino á colocarse al lado de su esposa, apagó la luz y los de la casa se entregaron al sueño, pareciendo que todo quedaba sumergido en profunda tranquilidad.

Este silencio fué interrumpido á hora muy avanzada de la noche: una india entró á la pieza en que dormian las recamareras y les dijo que el conquistador las llamaba; violentamente se vistieron y pasaron al cuarto de sus señores; estaba á oscuras y D. Hernando pidió una luz que llevaron las sirvientas; cuando éstas entraron vieron que Doña Catalina estaba tendida en la cama, apoyando la cabeza en el brazo de Cortés, quien dijo:

—"Creo que es muerta mi muger."

¿Qué habia pasado? Acaso Doña Catalina, celosa como era, reconvinó á su marido por las galanterías que prodigaba á indias y españolas; tal vez le echó en cara su inconstancia y sus pasados amores; tal vez su corazón henchido de hiel se desbordó y con palabras duras pidió la reparacion de su cariño burlado; los celos producen el delirio, hacen hervir la sangre y la ira llega á su colmo al oír palabras desdeñosas; solamente podía dar cuenta de lo que pasó el mismo D. Hernando, que se abstuvo de hacerlo.

Ana y Violante Rodriguez se acercaron al lecho: Doña Catalina parecia dormir; pero en la garganta tenia señalados unos cardenales, sus labios estaban hinchados y amoratados; en la frente se le veia una gota de sangre; las cuentas de oro de su gargantilla se encontraron á otro día esparcidas por el suelo y quebradas. Ana preguntó á Cortés qué cardenales eran aquellos y le contestó:

—"La así de allí para recordarla cuando se amorteció."

Sacado de la cama el cadáver, se le vistió una mortaja, se le cubrió la cara con una toca y luego que amaneció fué puesto en un ataúd y conducido á la iglesia para recibir sepultura. Los sirvientes y los españoles que vivian en Coyoacan, creyeron que el general habia ahogado á su esposa y lo decian públicamente; los rumores llegaron al conquistador por boca de fray Bartolomé de Olmedo, quien recibió por contestacion pocas y desdeñosas frases. El proceso de María Marcaida trae la acusacion, pero no la defensa que no fué sostenida por D. Hernando, quien transó el pleito. Hoy señalan todavía al viajero, la casa que como un estigma, lleva la nota de haber servido para el desenlace del drama tenebroso.

Acusaron á Cortés María de Marcaida y Juan Juarez, madre y hermano de la